

13 de marzo  
1.º Aniversario de la Elección  
del Papa Francisco  
Iglesia Catedral Primada

Existen numerosos encuentros y diálogos en los Evangelios, donde Jesús manifiesta su poder ante el espíritu del mal, perdona, anuncia y enseña –con parábolas sencillas–, el misterio del Reino de los Cielos; hace milagros nunca vistos, se acerca a los pecadores y come con ellos, invita a sus discípulos a permanecer con él y les propone un ministerio itinerante, austero y exigente: «El que quiera seguirme, que renuncie a sí mismo, cargue su cruz y me siga» (Mt 16,24). Después de cada diálogo, de cada encuentro, se siguen cambios trascendentes en quienes lo escuchan; así sucedió con la Samaritana, Zaqueo, en la elección de Mateo y de los demás apóstoles, con su discípulo Tomás –para sanar su incredulidad– y hasta con el Buen Ladrón en el Calvario. Su palabra llega al corazón de los oyentes y no pasa inadvertida: la verdad de su mensaje y su promesa, persuaden y atraen, divide opiniones, suscita polémica y nadie queda indiferente ante sus gestos y enseñanzas. Atrae multitudes, pero pone condiciones para seguirlo, y no pocos lo abandonan. Su amor por los pequeños, los pobres y los enfermos es una constante en su ministerio.

El Señor pasó haciendo el bien y –después de cada encuentro y a quienes dirige su palabra– les deja salud, perdón y un evangelio de vida y salvación.

Con Pedro, tiene un encuentro único y singular (*Jn 21,15-17*). Parece una cita esperada y, de haberse omitido este pasaje, nos hubiese faltado un momento clave para comprender la figura de Pedro como primer Papa y su protagonismo en la Iglesia naciente.

El mismo Jesús pascual, que en varias ocasiones se presentó a los apóstoles, ahora tiene un diálogo personal con aquel sobre el cual había prometido fundar su Iglesia (*Mt 16, 18*).

El breve coloquio que se suscita no tiene el tono de un reproche vergonzante, ni menos humillante, sino que reviste la calidez de una conversación amical, serena, amorosa, que deja atrás las debilidades de Pedro: aquellas negaciones de su vínculo íntimo con el Maestro durante su Pasión. No obstante, el recuerdo de la traición aflora con la tristeza después de la segunda pregunta. Pedro no aisló la conciencia, lo tiene presente, pero descansa en aquel que lo sabe todo y a pesar de su debilidad y su caída, ahora está de pie y ve en la tercera pregunta una nueva oportunidad para expresar lo que siente su corazón de discípulo: «Sabes que te amo». Lo atrae el amor crucificado de su Maestro en la Pasión y la promesa cumplida de su triunfo sobre el

pecado y la muerte. La gracia de Cristo resucitado lo colma de confianza. El resultado de este diálogo de amor ha sido que Pedro recibe el oficio de apacentar las ovejas de Jesucristo, a imagen, estilo y modo de como el Pastor de Israel condujo al pueblo de la Alianza. Así nos enseña el salmo 22 que rezamos.

El intercambio entre Jesús y Pedro nos deja la enseñanza de la contundente voluntad divina de mantener su promesa, y el deseo humano de corresponder al don, permaneciendo en su amor.

Pedro sabe que su Señor ha dado la vida por el rebaño. Él es el pastor de cien ovejas y no se contenta con las noventa y nueve que tiene en el corral, sino que sale a buscar la que falta; no quiere que se pierda ninguna, porque las quiere a todas. Por eso, Pedro mismo se encargará de transmitir este celo pastoral a los presbíteros de la primera comunidad cristiana, tal como lo recibió de su Señor: «Apacienten el Rebaño de Dios, que les ha sido confiado; velen por él, no forzada, sino espontáneamente, como lo quiere Dios» (1P 5,2).

El pasaje evangélico de San Juan esconde una enseñanza profunda, y así lo recoge Agustín para quien «apacentar el rebaño del Señor, es un oficio de amor». El último capítulo nos ha dejado la confirmación de un Pedro débil, pero ahora fortalecido por el amor del Resucitado, y confirmado como: pescador de hombres, roca firme sobre la cual Cristo sigue edificando la Iglesia y pastor solícito de su grey. La confianza depositada en Pedro se hace extensiva a todos los pontífices que apacentaron su rebaño en la historia de la evangelización.

Hace un año fuimos testigos del eterno presente de la voluntad salvífica de Jesucristo: la de permanecer en su Iglesia hasta que él venga en plenitud. Con la elección del Santo Padre Francisco, después del renunciamento ejemplar, virtuoso y sabio del Papa Benedicto XVI, la Iglesia toda revive la promesa de Jesús a Pedro y se alegra porque se hace extensiva a sus sucesores.

Sabemos que la elección de un Papa es fruto de la asistencia del Espíritu Santo a la Iglesia, que se hace visible y operante a través del cónclave de los cardenales, los que en un clima de oración y discernimiento señalan al sucesor de Pedro. Cuando el cardenal Bergoglio toma el nombre de Francisco, parece actualizarse aquel diálogo original: «Jorge Mario, ¿me amas, me amas más que estos? Apacienta mi rebaño». Y en lo que va del año de su ministerio petrino, hemos visto y escuchado las respuestas de un buen pastor, que con gestos y enseñanzas al pueblo fiel, y con una entrega laboriosa sin reservas, le va diciendo a Jesús: «Tú lo sabes todo, sabes que te quiero».

Como sucedió con los Papas que le precedieron, nos sentimos desbordados por su magisterio rico, luminoso y sabio, que suscita el compromiso de llevarlo íntegro a la vida pastoral. Sus predicaciones en la misa cotidiana, las homilías en los domingos y solemnidades, las catequesis y los dos documentos magisteriales: «La

Luz de la Fe» y «La Alegría de Evangelizar», van despertando en gran parte de los bautizados una nueva identidad con la Iglesia y el entusiasmo por ser protagonistas en el anuncio del Reino.

Ha sido tan intenso el ministerio de Francisco en este primer año de su pontificado, que me parece una osadía establecer prioridades en sus enseñanzas. Solo me animo a señalar tres notas en su modo de apacentar la Iglesia que Dios le ha confiado. Ciertamente, la Palabra de Dios es su principal fuente de inspiración: a ella remiten las originales imágenes de sus prédicas, sencillas y directas que son el punto de partida de sus enseñanzas morales y la fuente de donde descubre al Padre misericordioso y lleno de ternura para con sus hijos. Para el Papa: «El Evangelio invita ante todo a responder al Dios amante que nos salva, reconociéndolo en los demás y saliendo de nosotros mismos para buscar el bien de todos» (EG 39). En segundo lugar, como pastor universal, ha manifestado de diversas maneras que las puertas de la Iglesia, abiertas al mundo contemporáneo por el Concilio Vaticano II, deben permanecer así, como una invitación a los bautizados, «a salir de la propia comodidad y atreverse a llevar a todas las periferias que necesiten la luz del Evangelio» (EG 20). Una Iglesia en salida, que «acepte esa libertad inaferrable de la Palabra, que es eficaz a su manera» (EG 22) y que mueve nuestros esquemas rígidos. Lo ha dicho y conocemos que lo vivió entre nosotros y lo sigue viviendo: «Quiero una Iglesia pobre para los pobres». Finalmente, Francisco, apasionado por la misión, no se cansa de convocarnos a la nueva evangelización que «quiere decir anunciar y llevar la salvación de Dios en este mundo nuestro, necesitado de tener respuestas que alienten, que den esperanza, que den nuevo vigor en el camino. La Iglesia tiene que ser el lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio» (EG 114). Esta es la Iglesia que refleja sobre los hombres la luz de Cristo, la que predica el Papa.

En este contexto, ustedes saben que el Papa honró a la Iglesia en la Argentina agregándome al número de los cardenales. Cuando en aquel Ángelus del domingo 12 de enero me nombró entre los elegidos, pensé en San Cayetano, que no deja a nadie sin trabajo... A medida que pasan los días, va creciendo mi conciencia de semejante responsabilidad, y, al mismo tiempo, se afirma en mi corazón un sentimiento: como entiendo que lo recibido viene de la mano de Dios, ya le dije al Santo Padre que cuente conmigo si en algo puedo «cirenear» su carga, porque sé que lleva la más pesada. Hoy, especialmente, rezamos por él.

✠ Mario Aurelio Cardenal Poli